

ENTREVISTA

“El camino no es nunca lineal, hay bifurcaciones”

Patrick Modiano, escritor francés, publica ‘El horizonte’



El autor francés, en su domicilio de París

JAVIER DE PASAMONTE / ARCHIVO

ÓSCAR CABALLERO
París. Servicio especial

Sus lectores forman una secta, convencidos de la densidad del tiempo, la permanencia de un gesto dibujado en el aire veinte años atrás, la necesidad imperiosa de conocer el número de teléfono, la calle en la que viven los personajes, sin que sea preciso, en cambio, que proclamen una ideología. Patrick Modiano, de quien Anagrama publica *El horizonte*, tiene 65 años, una treintena de libros (“tal vez sea siempre el mismo”, admite, “como una misma montaña que el montañero ataca por distintos caminos”) y, como Faulkner, más que una obra, ha creado un mundo. En su caso, más bien un barrio de París, la ciudad de la que es peregrino, en el que resuena, todavía, el eco de los años oscuros.

En marzo, en una de sus raras colaboraciones en la prensa, comentó, en *Libération*, un filme de Nick Hornby. El remate de su crónica daba la clave para interpretar su obra: “Hay que conservar un poco de ternura por aquellas y aquellos que habéis perdido de vista, pero que tuvieron que ver con vuestra educación y con vuestros comienzos, a veces titubeantes, en la vida”.

Escritor que no quiere ser académico, Modiano habitó durante muchos años el Quai Conti, a dos pasos de la Academia. Hoy, en la rue Bonaparte, pleno Saint-Germain-des-Prés, huye sin embargo de comidas y cotilleo; promiscuidad entre premios, editores y escritores. Y ni siquiera participa del ritual obligado de la firma de libros.

Usted debutó en literatura en 1968, pero no se mezcló en las algaradas; obtuvo el Goncourt diez años más tarde, pero no se integró a ningún jurado. ¿Cómo hace para estar dentro y fuera al mismo tiempo?

El mundo literario ha cambiado. Pero cuando yo empecé, todo estaba como en los treinta. El Partido Comunista organizaba una sesión anual de firmas,

con Aragon. Pero más bien para lectores que llegaban con el libro leído.

En *El horizonte*, y casi por primera vez en su obra, Bosmans, el protagonista, tiene un oficio. Es un escritor en formación, seguramente usted. Hasta entonces, los jóvenes de Modiano ignoraban qué harían en la vida. (Los diálogos de Modiano son entelequias. Sus frases tienen un arranque impetuoso, luego decaen, busca las palabras, vuelve a empezar, tartamudea. El amo de la palabra justa, escrita, lucha sin esperanzas contra el discurso).

Yo creo que todavía en los setenta el mundo se nos presentaba de esa mane-

SIEMPRE EL MISMO LIBRO

“Me han dicho que algunas veces hay líneas enteras, o un párrafo, que vuelven”

LOS ESCRITORES

“El mundo literario ha cambiado, pero cuando yo empecé, todo estaba como en los treinta”

ra. Hoy todo parece más encuadrado. Pero empezar a vivir, integrarse a un mundo preciso, comporta siempre rituales de iniciación. Y amenazas.

En *El horizonte*, a Jean Bosmans se le cruzan una madre exigente y su acompañante, personaje estafalario pero vagamente amenazador. Y a Margaret Le Coz, bretona educada en Alemania, parece seguirla un inquietante hombre pálido.

En la vida las cosas suceden así, me parece. El camino no es nunca lineal, hay bifurcaciones, la opción que desechamos era tal vez la que correspondía; hay personas que no nos quieren bien sin que sepamos por qué...

Bosmans da su manuscrito a una mecanógrafa. ¿Escribe usted siempre a mano?

Sí, lo siento, pero la máquina de escribir o el ordenador son intermediarios entre mi relato y el papel; obstáculos. Hace poco hallé dos de mis primeros manuscritos. Escritura muy apretada, sin márgenes. De ahí la especie de opresión que siente Bosmans cuando escribe. Hay una respiración en el manuscrito. El ordenador, en cambio, da una copia siempre perfecta.

Físicamente, hay algo de Cortázar, en Modiano: desgarrado, desde su metro noventa, sin arrugas. Pero impresiona sobre todo esa risa de píllo adolescente cuando descubre que una vez más ha repetido una situación, un ambiente, vestigios de un libro anterior.

En el verano del 2001, publicó usted un cuadernillo, *Ephéméride*. En una librería, el peatón descubre este título: *L'Assassinat de Pierre Bosmans*. Nueve años más tarde, Bosmans es el apellido del protagonista de *El horizonte*.

Ah, tiene usted razón, es horrible lo que me sucede, una especie de amnesia, me han dicho que algunas veces hay líneas enteras, o un párrafo, que vuelven. Algunos apellidos son de gente a la que he conocido; esos misteriosos seres que rodeaban a mi padre.

En *El horizonte* aparece un personaje inquietante y al mismo tiempo arquetípico, Mérovée, el bufón de cualquier oficina, cuyas bromas pueden convertirse en agresión.

Sí, es un personaje fuerte al que rápidamente abandono. Me sucede a menudo. Puede que reaparezca, más importante, en una novela futura.

Bosmans viaja a Berlín, cuarenta años después, para buscar el rastro de Margaret. ¿Por qué?

Estuve en Berlín y de pronto me di cuenta de que teníamos la misma edad. Yo nací en 1945, cuando Berlín fue destruida. Su reconstrucción coincide con mis años de formación. Hemos crecido juntos.●

Sergi Pàmies



‘Balconing’

Nuevos tiempos, nuevas formas de estupidez. Si todo evoluciona, ¿por qué no iba a evolucionar la temeridad? Le llaman *balconing* y consiste en hacer el ganso desde el balcón, a ser posible de un hotel. Por ejemplo: ir de una habitación a otra, pero en lugar de utilizar el ascensor o las escaleras, desplazarse por la fachada del hotel como un *spiderman* aficionado. Para darle más emoción, se procura que el escalador esté parcial o totalmente borracho, así la gesta tiene más mérito. Otra variante, que sólo se puede practicar en hoteles con piscina, consiste en lanzarse desde el balcón directamente al agua y, por supuesto, filmar la gesta en uno de esos vídeos audiovisualmente defectuosos pero adrenalinicos que tanto abundan en internet. Como resulta que, de vez en cuando, uno de esos intrépidos muere en el intento, las autoridades han empezado a poner cara de circunstancias. Por ahora, algunos hoteleros mallorquines han empezado a pagar el pato introduciendo reformas en las habitaciones y blindando ciertos balcones con rejas que impidan o dificulten el *balconing*.

El proceso siempre es el mismo: algo funciona (en este caso los balcones de habitación de hotel) hasta que llega un idiota que lo estropea todo y que consigue que tengan que introducirse reformas que desvirtúan lo que nunca había causado ningún problema.

En las carreteras, hemos sufrido un proceso parecido pero a gran escala. Por culpa de la minoría que conducía criminalmente, se precipitaron las reformas de tráfico que han acabado, por esta y otras causas, imponiendo los exasperantes 80 km/hora y todas

No hace falta ser tertuliano para adivinar lo que va a ocurrir con el ‘balconing’

las limitaciones que irán llegando.

No hace falta ser tertuliano para adivinar lo que va a ocurrir con el *balconing*. Primero se popularizará a través de internet o de los medios más sensacionalistas. Luego se le dará la categoría de problema sólo apto para expertos y, al final, algún filántropo logrará que, a través de una proposición de ley, se prohíban los balcones, las piscinas y, si es necesario, los hoteles. Todo por culpa de unos cuantos enajenados que, por su mal beber, acaban jugándose la vida. Hace tiempo, un sociólogo me comentó que las temeridades absurdas que tanto éxito tienen entre algunos jóvenes (y no tan jóvenes) son propias de países opulentos y que en las sociedades más primitivas el riesgo sólo se utiliza como ritual de iniciación o estrategia de defensa/supervivencia. No sé qué opinaría sobre este deporte de riesgo ni si lo consideraría, salvando las distancias, un ritual de iniciación para borrachos voladores. Pero me temo que, cuando se convierta en epidemia social, acabará perjudicando a los que, sin comerlo ni beberlo, tanto hemos disfrutado de la tranquilidad del balcón de un hotel y de las refrescantes aguas de una piscina.